

le hablaba y el bien que quería hacerle; con qué prontitud le hubiera seguido! Detúvole empero un respeto, una consideración que el mundo no solo juzgará por justa, sino como una de las más grandes y estrechas obligaciones que el hombre tiene sobre la tierra, calificada por tal por el mismo Dios en uno de los preceptos del Decálogo, cual es el respeto, el honor y la gratitud debida á los padres; pero que para seguir á Jesucristo no dejó de ser un obstáculo muy reprehensible, pues escrito está que el que no renuncia todo lo que posee sobre la tierra, no puede ser su discípulo.

Parece que el nuevo prosélito no desairó la propuesta invitación del Salvador, y así le dijo: *Señor, desde luego me entrego á vos, estoy resuelto á seguirlos: solamente os ruego que me permitáis vaya antes á dar sepultura á mi padre.* San Agustín [1] admite la respetuosa sencillez de esta respuesta, y dice: Saludó el nuevo llamado á Jesús dándole el nombre de *Señor*, que indica *reverencia*, y le dijo, *permíteme*, que equivale á una protesta de *obediencia*; que vaya á dar sepultura á mi padre, *que es una obra de misericordia*: sin embargo, el Señor, que no juzga las cosas según la razón humana, no quiere que se dilate un punto la obediencia á la vocación de Dios, como ni la ejecución de los mandamientos. Sobre lo que dice un expositor sabio [2]: No desprecia el discipulado, pero desea cumplir antes con los respetos de verdadera piedad, todos los deberes de hijo, para entrar más desembarazadamente en la nueva carrera á que se llama; así como Eliseo, llamándole Elías por orden del mismo Dios para que fuera su sucesor en el ministerio profético, le dijo: *Permíteme que vaya á dar el ósculo de despedida á mi padre y á mi madre, y luego te seguiré*: á lo que respondió el profeta: *Anda y vuelve, que lo que á mí me tocaba hacer contigo, ya lo hice* [3]; pero Jesús no contestó así al que había llamado; dióle un consejo más sublime, explicóle según su costumbre un precepto más interesante. No repruebe esa obra de caridad que alegas y pretendes hacer; pero no está en el orden de la caridad anteponer un bien menor á otro mayor; *deja pues á los muertos que*

[1] Div. August. Hom. 7 de verb. Dm.

[2] Raban in Eundem locum.

[3] Lib. 3, Reg. c. 19, v. 20.

entierren á sus muertos. Esto es, deja que los muertos que han perdido la vida del alma, lleven al sepulcro á los que perdieron la del cuerpo; acaso la memoria de esta muerte hará que ellos recorden aquella vida. Los que han de seguirme han de morir al mundo y contar con los muertos aun á los suyos, que están en él; deja por lo mismo á estos que entierren á sus muertos, y tú, que has de vivir por la fe, renúncialo todo y ven, anuncia en mi seguimiento el reino de Dios.

Afluente y sublime como siempre el grande Crisóstomo, dice sobre este lugar lo siguiente [1]: Con esto manifestó el Señor que los afectos carnales han de renunciarse enteramente por los que quieren seguirle. Reprocha al que con simulada intención le dice, yo te seguiré; y al que con intención sana quiere seguirle, no le permite ir á dar sepultura á su padre, porque otros había que podían hacerlo, y no le convenia retardar el cumplimiento de otras cosas para él más necesarias y urgentes. Desprecia al soberbio orgulloso y vano y llama al sencillo, respetuoso y devoto: llámale, y cuando llama á la vida no quiere que vuelva á la muerte; que es lo mismo que si dijera: Yo soy tu vida, yo soy tu Padre, yo soy tu Criador; signeme y anuncia á todos el reino de Dios; no las fabulas y curiosidades vanas que anuncian los hombres, ni nada de lo que al mundo luce. Anuncia el reino de Dios y resucita á los que están muertos en el alma, que es una obra de misericordia mayor que el dar sepultura á un cadáver; deja lo menos por lo más; porque si es meritorio dar sepultura á tu padre, más digno y meritorio es anunciar mi palabra; y vale infinitamente más vivificar solamente á uno ejerciendo este ministerio santo, que sepulturar á todos los muertos. Y concluye: Era en efecto un grande inconveniente para la pureza de su fe, que el que había empezado ya á creer en Dios su padre celestial y vivo y en su hijo Jesucristo, pensase todavía en su padre terreno y muerto; siendo así que por seguir á aquel se nos manda renunciar á nuestros padres en la tierra aun cuando vivan.

No cayó desestimada en la tierra la doctrina del Salvador; y la pronta fidelidad con que fué obedecido, parece que atrajo otro ter-

[1] Div. Crisostom. Hom. 28 in Math.

cer discípulo no menos dispuesto que el segundo; pero antes de examinar las cualidades de este, es preciso advertir que carece de fundamento y no puede apoyarse en el contexto del Evangelio la doctrina de algunos que afirman que el padre de este segundo llamado no habia muerto aun [1]; pero que estaba ya viejo y caduco, y que su hijo pedia no dejarlo hasta después de su muerte; porque en este caso su contestacion hubiera sido mas bien un pretexto para no seguir á Jesús, que un motivo justo al parecer y fundado, para diferir pocos instantes el cumplir con el divino llamamiento; y hubiera sido faltar claramente á la verdad, porque una cosa era asistirle y cuidarle hasta que muriese, otra el darle sepultura inmediatamente, como lo indica el permiso que se pidió, en cuyo caso el Salvador no hubiera dejado de acriminar una falta tan grosera y reprehensible; y no apareciendo en el Evangelio ningun cargo hecho con este motivo, no le hay tampoco para creer fundada esta opinion.

Igualmente justas y puestas en razon parecen á los ojos del mundo las excusas alegadas por el tercero, para diferir tambien por un un poco de tiempo el seguir al Salvador; pero fueron igualmente reprobadas. Señor, le dijo, yo os seguiré con gusto; permitidme empero, os ruego, que vaya á renunciar lo que tengo en casa. Los negocios domésticos y los cuidados temporales son un grande embarazo para seguirlos. Iré, dispondré de mis bienes, los venderé, distribuiré lo que tengo, y muy luego, sin detenerme un instante, volveré á vuestra compañía. Mas Jesús, que queria mayor despego de todas las cosas, no aprobó esta dilacion en un hombre que se presentaba como pretendiente al apostolado, y como acriminándole, le dijo: Ninguno que pone la mano en el arado y mira hácia atrás, es apto para el reino de Dios. Que fué lo mismo que decirle: Si un hombre que se pone á mirar hácia atrás, después de tener la mano puesta en el arado, no es buen labrador, sabe tambien que ninguno es capaz de servir á Dios ni de anunciar su reino, si no se propone adelantar siempre en el camino del cielo, ir derecho donde el espíritu de Dios, le llama y pone su vista y sus deseos en lo que hay mas sublime en la perfeccion: si tocaron pues tu corazon la

[1] Senio confectum, et brevi moritum. Lyr. et alii hic, post. S. Cyllir.

multitud de mis trabajos, la paciencia y la constancia con que los sufro, y el afan con que ves que los busco, y deseas acompañarme en ellos, será conveniente para la predicacion del Evangelio que conserves inquietud en tu corazon por los bienes que dejas en la tierra?

Justísimo parecia, prudente y muy fundado el deseo de este jóven de deshacerse de todos sus bienes sin reservar cosa alguna para sí por seguir á Jesucristo. Nada mas habia pedido su Majestad á otro á quien amaba, en otra ocasion muy parecida á esta; pero la respuesta de Jesús no caía sobre el proyecto de despojarse de todo, sino sobre la resolucion equívoca del sugeto, cuya flaqueza conocia y á quien contemplaba muy expuesto á volverse á sumergir en los embarazos del siglo al primer esfuerzo que hiciera para despegarse de él; por lo que dijo muy oportunamente san Gerónimo [1] á cierto sugeto que le pedia su parecer para retirarse prontamente del mundo: *Cuando la navecilla está enredada en el puerto borrascoso, no te detengas en soltar las cuerdas, sino córtalas de un golpe y sal fuera luego.* Y como es cierto que la disposicion del sugeto nada tenia que no fuese laudable, no parece que la contestacion de Jesús tuviese tanto de reprension severa, cuanto de un amoroso aviso de precaucion que le daba para lo venidero; con el que sin duda alguna quiso decirle: Tu quieres dejarlo todo para ser mi discípulo, y tienes razon, pues yo no quiero entre los predicadores de mi Evangelio si no es hombres tan pobres como yo; mas no precipites las cosas y pesa con madurez la resolucion que tomas. Aun eres dueño de conservar tus bienes, teniendo de ellos un cuidado moderado y prudente, y una vez que te despojes de ellos y te consagres á mi servicio, te será preciso olvidar para siempre cuanto has dejado en el mundo. Si desgraciadamente llegases á arrepentirte de lo hecho, sabe que te harias indigno de tu vocacion y del grande empleo á que te llamo. Sobre todo, lo que dijo san Agustin [2]: *Echa su mano al arado el que es muy afectuoso para seguir; pero mira atrás el que pide dilaciones, esperando ocasion de conferenciar con sus ami-*

[1] Div. Hieronim. Ep. Ad. Nepocian.

[2] Div. August. Ho n. 7 de verb. Dni.

gos: el afecto de este no es sincero ni muy segura su conversión. Como no hay acasos para la Providencia divina, no puede creerse que fuese casualidad encontrar estas tres personas á quienes dió el Señor tan sabias é importantes lecciones, sino que fué una disposición admirable de ella para animar á sus antiguos discípulos á que llevasen con resignacion y gusto las pesadumbres y molestias del nuevo estado en que se hallaban, sin pensar otra vez en los pocos bienes que habian dejado para seguirle, renunciando para siempre todas las esperanzas de volver á ellos y con el afecto de todas las riquezas del mundo, prefiriendo vivir pobres y desnudos por seguir al Salvador y cumplir mas desprendidamente con las grandes obligaciones de su ministerio, sin dejar jamás, aun en medio de las mayores angustias y necesidades, las comodidades y conveniencias que hubiesen dejado. Tales fueron en el principio, tales son ahora y tales serán siempre los empeños y obligaciones de los que se dedican á la vida apostólica; así como es tambien otra de sus mas sagradas y primeras obligaciones huir los aplausos de los pueblos, los lugares públicos y de mucha concurrencia, y nada hacer por pública ostentacion y fausto.

Jesús, que confirmaba con sus ejemplos cuanto enseñaba con su doctrina, se iba acercando insensiblemente á la ribera y disponia á sus discípulos para una leccion tan grande de fortaleza y confianza en los peligros cuanto era sublime la de abnegacion y renuncia que acababa de darles; pero las turbas que ya penetraban el intento que el Señor tenia de dejarlas, cuanto le veian avanzar sobre el mar, tanto mas se empeñaban en acercarse á su persona; mas como ya era tarde subió sin detenerse á una nave que le tenian prevenida, y en ella entraron tambien sus discípulos; pero las turbas aprovecharon la ocasion de otras muchas navecillas que se hallaban en el mismo lugar, subieron en ellas y se encaminaron tambien á la otra parte del lago signiando el rumbo que les marcaba la nave donde iba embarcado el Señor.

Tres lugares tenia Jesús donde se refugiaba con mucha frecuencia cuando se veia hostigado por las turbas; el mar, el monte y el desierto, y así después de haber obrado en la tierra grandes y portentosos milagros, se pasó al mar para obrar allí otros prodigios, mas

excelentes [1], para que así constase que era el verdadero dueño de la tierra y de los mares. Siguiéronle sus discípulos, y no seguian solo sus pisadas; sino tambien segun cada uno mejor podia seguian é imitaban su santidad; porque de tal manera los tenia vencidos la suavidad de sus palabras, las maravillas de sus obras y su amable conversacion, que les era muy difícil apartarse de él. Tres ó cuatro leguas á lo mas tenia el tránsito que debian andar; y á pesar de ser tan corta la traviesa, se levantó de repente una tan horrible tempestad, que estuvo á punto de sumergirse el barco que conducia al Salvador del mundo: cubriánle furiosas y encrespadas olas; pero el Señor reposaba tranquilo cuanto mas arreciaba la tormenta. De la barca de Pedro fué figura la arca de Noé, que no pereció ni naufragó aun cuando fué combatida por la impetuosidad de las olas que cubrieron todo el universo; y esta barquilla del Apóstol lo era de la Iglesia, á la que no han de sumergir cuantas furiosas tempestades levante contra ella el infierno hasta la consumacion de los siglos.

Dormia el Señor fatigado por el ministerio de su predicacion y continuos trabajos, y dormia tranquilo mientras se enfurecian los vientos y se alteraban las olas; en lo que demostraba su grandísima humildad [2]. Dormia segun el cuerpo, mas velaba segun la divinidad, porque escrito está en los cánticos santos: *Yo duermo y mi corazón vela* [3]. Dormia en la pequeña nave en que navegaba el que á todo el mundo gobierna, y dormia en buen sueño el que guarda á su pueblo en vigilia eterna. Mientras los discípulos se lisonjearon que podrian con su industria vencer la violencia de la tempestad, respetaron el reposo del divino Maestro; pero tan luego como se desesperaron de poderlo conseguir, corrieron á Jesús sobrecogidos de un temor vergonzoso que debiera haber sosegado su vista aunque le mirasen dormido; si el ver tan de cerca la muerte dejara á la razon entera libertad para darse á conocer. Señor, le dicen, date prisa, levántate, sálvanos; que perecemos. Dormia el Señor para probar la fe de sus discípulos, no porque él no supiese lo que en sus razones pasaba, sino para que ellos se conociesen mejor á sí mis-

[1] Orig. Hom. 6 in divers.

[2] Div. Crisostom. Hom. 29. in Math.

[3] Cant. c. 5, v. 2.

mos, y queriendo que fuesen mas fervorosos y frecuentes en la oracion [1]; porque si velando Jesús sobreviniera aquella tormenta, por ventura no temieran ó no rogaran. Ven el peligro y temen, y porque temen ruegan, y ruegan con fervorosa instancia; sobre lo que dice Origenes [2]: ¡Oh verdaderos discípulos! tenéis con vosotros al Salvador ¿y teméis el peligro? ¡teméis á la muerte? ¡Qué extrañeza! ¡Alejad el temor! ¡recobrad la confianza que perdisteis! *Sálvanos*, le dijeron, y mostraron que la tenían: *perecemos*, y confesaron su flaqueza y la pequeñez de su corazón; y le *despertaron* porque tenían poca fe; por esto les reprendió el Señor diciéndoles: *Gente de poca fe, ¿por qué estais temerosos?* Esto es, ¿qué tenéis que temer estando en mi compañía?

¡Cuán dignos son de veneracion y respeto los juicios de Dios! De todo se vale la bondad del Señor para alentar al hombre en medio de los trabajos animándole á que deposite enteramente en él toda su confianza. A la vista de Jesús sufren los apóstoles una tormenta que pone á prueba su fe y se nos descubre el grande recurso que tenemos en Jesucristo en los trabajos y males de la vida, colocados en el seno de la Iglesia que fundó, avisándonos con esto que aun en el seno de esta buena y cariñosa madre no estamos exentos de sufrirlos; y que aun cuando se escondan á la vista del cuerpo, la fe siempre debe preverlos y prevenirse contra ellos. Los peligros de la vida y la contradiccion de las pasiones que se levantan en nuestro corazón, figurados en tan horrible tempestad, no deben debilitar la fe de nuestra alma; porque si como los apóstoles acudimos oportunamente á Cristo, no hay duda que nos salvará. En la nave se hallaban, y esta se veía tan combatida y expuesta, que le pasaban las olas por encima y la cubrían: los apóstoles temieron porque ignoraban que la nave de Pedro podia ser combatida, pero no sumergida. Embarcados nosotros en la nave de la Iglesia, vemos las encrespadas olas de la impiedad, de la injusticia, de la herejía y del error que la agitan y combaten; los justos acometidos por el furor de los impíos; los tímidos amenazados por el escándalo de los réprobos; la virtud insultada y perseguida por las oleadas infernales

[1] Div. Crisostom. Hom. 29 in Math.

[2] Orig. Hom. 6 in diversos.

de la abominable corrupcion del siglo, empujadas por el viento impetuoso de la soberbia; sin embargo, subsistirá la nave; llegará salva al puerto, y los que naveguen en ella y de ella no se salgan, se salvarán; pero para los que de ella se salen no hay salvacion. El sueño misterioso del piloto Salvador es para probar la fidelidad de los remeros, porque quiere que experimentando ellos su propia flaqueza, conozcan la necesidad que tienen del socorro de Dios, y que son perdidos si no acuden á él con el clamor de la fe y de la esperanza mas sólida y verdadera mediante la oracion fervorosa, uniéndose con el lazo de la caridad.

Vivifica el Señor esta fe, alienta esa esperanza y reanima esa caridad cuando al oír el clamor de los apóstoles se levanta, manda á los vientos que se amansen y al mar que serene sus embravecidas olas, á la soberbia que calle y se sosiegue, y al impetu de aquellos que cese; y se amortigna el viento á la primera intimacion, aplácense la ferocidad de las olas y aparecen la serenidad y la calma; y en este estado de tranquilidad, libres de susto los ánimos, se oyen mejor en el fondo del corazón las dulces reprensiones con que el Señor les representa su poca fe y los exhorta á la esperanza. ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? ¿Con tantas pruebas como hasta aquí habeis visto de mi omnipotencia y bondad, todavía no habeis aprendido en quién debeis tener vuestra confianza? Esta reprension del Salvador destierra del mundo hasta la sombra de la humana timidez y desconfianza. Reprende Cristo en sus apóstoles el excesivo temor, la tardanza en acudir á él, la imperfeccion de su ruego nacido de una fe débil y de una confianza muy inferior á la eficacia de su presencia y de su omnipotente poder. Mas esta fe, aunque flaca, no la desprecia; esta oracion, aunque imperfecta, no la desatiende, para que nadie, por atrasado que esté en las virtudes cristianas, deje de acudir á Cristo.

Sublime documento es este para contener el insano atrevimiento de aquellos que en medio de las adversidades de la vida murmuran de la providencia y bondad de Dios, y sienten las mayores impaciencias: así pues, aunque la fe nos es sumamente necesaria en todos los eventos de la vida, lo es mucho mas en los adversos; porque como nos dice san Juan: *Lo que nos hace alcanzar victoria sobre*

el mundo es nuestra fe [1], y nadie vence al mundo sino el que cree que Jesús es hijo de Dios. Esta creencia y fe la tienen los apóstoles, y aunque imperfecta, pasaron del temor cobarde de la muerte á los afectos de un temor respetuoso tan luego como le vieron despierto y admiraron el repentino sosiego de los vientos y los mares. De la misma admiración participaron los marinos y pasajeros de las otras navicillas que habían experimentado el peligro, y que aunque menos conocedores del Salvador, confesaban también que le debían la vida; y mirándose los unos á los otros se decían: ¿Quién es este á quien obedecen los vientos y los mares? Admiráronse y se serenaron de tal manera sus ánimos, que no les quedó ni siquiera el menor recelo de que se turbasen otra vez los elementos. ¿Quién es este? ¿Qué grande es! ¿qué poderoso! ¿cuánta es su dignidad y poder! Este no es hombre puro, sino Dios verdadero [2]. El Salvador quiso acreditar que era lo uno y lo otro. Como hombre subió á la nave, como Dios contrólo los mares con su presencia. Como hombre duerme en la nave, como Dios manda á los vientos y á los mares, y con su palabra enfrena toda su soberbia [3]. Sobre lo que dice con su acostumbrada erudición el Crisóstomo: El sueño le manifiesta hombre, la tranquilidad con que duerme acredita que es Dios; y así preguntan: ¿Quién es este? porque como hombre duerme, como Dios obra milagros, y en esto hay tres cosas que admirar: el hombre que duerme, Dios que manda, las criaturas insensibles que obedecen cuando los racionales resisten obedecer al Criador [4].

A la intimación de este Criador universal y Omnipotente sosegóse la tempestad, apareció la calma, y con ella renació la alegría y el contento en el corazón de todos: empuñaron con ahinco los remos y prontamente abordaron á los contornos de Decápolis en el país de los gerásenos, donde llegaron con felicidad. Gerasa era una ciudad insignie de la Arabia situada á la otra parte del Jordán, junta al monte Galaad, en la tribu de Manasés, en cuyo lugar alcanzó Labán ó Jacob cuando huía de su casa, no lejos del mar de Tiberiades, cir-

[1] Ep. 1.ª Joan, c. 5, vs. 4 et 5.

[2] Div. Hieronim. in cap. 8 Math.

[3] Div. Ambros. in cap. 8 Lucae.

[4] Div. Crisostom. Hom. 29 in Math.

cunvalada por la parte opuesta por el mar de Galilea de las gentes, opuesta también á la que propia y solamente se llamaba Galilea, á cuya porción de tierra se daba el nombre de país ó región de los gerásenos ó gedarenos, según algunos quieren, tomando la denominación de la ciudad. Los israelitas que habitaban este paraje estaban rodeados de gentiles, sirios, griegos y romanos, y es muy creíble que aunque la ciudad de Gerasa tuviese el nombre hebreo y la habitasen principalmente los hijos de Jacob, no estaba exenta de la mezcla de extranjeros [1].

Durante la travesía vieron á Jesús sus discípulos y las turbas que le seguían, mandando á los elementos, y ahora debían verle mandando á los demonios, á los espíritus feroces é implacables enemigos del género humano, haciéndoles por fuerza obedecer. Al salir del barco se le presentaron dos hombres poseídos del demonio, acaso los mas dignos de compasión de cuantos hasta allí había consolado y aliviado, y los que menos se hallaban en estado de ir á implorar su socorro: habitaban en los sepulcros debajo de la tierra, cavados en forma de cuevas profundas, de donde no salían si no es como bestias feroces, de las cuales todos huyen, y no había en el país hombre tan atrevido que osase acercarse á su habitación. La clemencia divina fué á buscarlos, y puede creerse que ellos fueron el principal objeto de su viaje. Uno de ellos era tan furioso que todos los esfuerzos que se hacían con él eran inútiles para sujetarlo [2]: no había cadenas tan fuertes que bastasen á contenerlo, pues habiéndole atado con esposas y grillos las manos y los pies, todo lo había roto: habitaba de día y de noche entre los muertos, y salía desnudo por los montes y campos, que espantaba con horribles gritos, convirtiendo á veces contra sí mismo su rabia y maltratando cruelmente su cuerpo con golpes que se daba contra las piedras. Esta es verosíblemente la razón por qué de los tres sagrados historiadores que cuentan el suceso, los dos no hacen mención sino de uno de los dos poseídos, como si el exceso de su desdicha hubiera hecho olvidar la desgracia del otro.

[1] Joseph. lib. 3.º de Bello Judaico, cap. 3, y lib. 2.º, caps. 19 et 20.

[2] "Uas corum erat clarior." Div. August. lib. 2.º de consen. Evang. 24, "vel ex aliis, credulius seruiens."

¡Cuán grande es la bondad de Dios, y cuán irresistible aun para el infierno mismo su omnipotente poder! Bien pronto conocieron los demonios que tenían á su vista el *Fuerte armado* á quien no podían vencer, que venia á quitarles su presa. Convirtiéronse repentinamente en demostraciones de humildad aquellos furiosos movimientos, y dejando las oscuras cavernas que habitaban, trajeron á los pies del divino Maestro los esclavos de su tiranía. Desde lo mas lejos que los dos miserables alcanzaron á ver al Salvador, corrieron á su encuentro y se postraron á su presencia; y revistiéndose entonces Jesús de aquella majestad y absoluto señorío que solo á él es propio, y de que acostumbraba á usar cuando queria ser prontamente obedido, dijo al demonio: *Espíritu inmundo, sal del cuerpo de este hombre.* Mas clamando el espíritu de las tinieblas y dando fuertes aullidos, respondió al Señor: *¿Y qué, Jesús, hijo de Dios Altísimo, no habéis venido al mundo sino es para hacernos guerra? ¿Qué tengo yo con vos? ¿No me hallais aun bastante miserable? Tiempo vendrá en que ya no podremos mas hacer mal á los hombres y seremos condenados á nuestro último tormento; dejadlo venir, ¿por qué lo adelantais? No nos quites antes de él la poca libertad que tenemos de tentarlos y hacerlos padecer [1].* Pero Jesús les replicó en el acto: Salid inmediatamente de esos cuerpos. Yo os LO MANDO. Mas antes dime tú que con tanta crueldad maltratas á ese desdichado, ¿cómo te llamas? Mi nombre es *Legión*, respondió el espíritu maligno, porque son muchos los que tengo conmigo en el cuerpo de este hombre. Al punto saldreis tú y tus otros compañeros, repuso el Salvador, que no permitiré abuseis mas largo tiempo de vuestro poder contra unos desdichados cuya miseria me comadece.

Bien hubiera querido el espíritu maligno poder resistir las intimaciones de aquel que él mismo reconocia por verdadero hijo de Dios; mas no pudieron, aunque tantos en número, y tuvieron que humillarse á suplicarle no les echase del todo de aquella region, destrerrándolos desde luego á los calabozos del abismo como su propia

[1] Ante tempus extremi iudicii, qui peracto, non poterunt nocere hominibus, in terra de gentibus; quod malum ingens reputant. Div. Thom. hic, et Tost. et infra frequentur.

morada. Tres fueron las súplicas que con este motivo le hicieron: Primera, que no los ahuyentase de aquel país donde hacia tanto tiempo estaban establecidos; segunda, que no los obligase á volver al abismo, ni los pusiese en estado de que no tentasen á los hombres, lo que para ellos es un verdadero tormento; y la tercera, que si los echaba fuera del cuerpo de los hombres, les permitiese entrar en los de una piara de cerdos que guardaban unos pastores en un monte vecino. Deben sin embargo advertirse dos cosas sobre este pasaje evangélico, que con mucha oportunidad observan los padres de la Iglesia, á saber: Que los cerdos no eran para el gasto de los judíos, que segun la ley no podían alimentarse de ellos; pero no juzgaban estarles prohibido el criarlos para el comercio y venderlos á los gentiles [1]; y que las súplicas de los demonios á Jesús no nacia de aquella humildad respetuosa que tienen los hijos á sus padres, sino de aquella violenta coaccion á que la presencia é irresistible poder de un Señor omnipotente obliga á los malvados á que tiemblen á su vista [2]; pues como asegura san Gerónimo [3], la sola presencia del Salvador es un tormento para el demonio. Y san Crisóstomo añade [4]: Que eran azotados, punzados, heridos, y que padecian tormentos intolerables por la presencia de Jesús.

Nada hay comparable con el vehemente é infernal deseo con que el maligno espíritu desea tentar, atormentar y perder á los hombres; pero por grande que sea este furor y deseo, nada puede el infeliz contra sus personas y bienes sino en cuanto se lo permite la justicia divina, cuando determina castigarlos por alguno de aquellos designios de su providencia adorable que solo él conoce y comprende. Bien conocia Jesús los intentos del espíritu de las tinieblas, pero no los temia; y concediéndoles lo que pedian, dejaron de atormentar á los hijos de su amor y pasaron á ejercitar su furor en aquellos animales inmundos, que eran cerca de dos mil, descargando sobre ellos toda su rabia; pusieronlos tan furiosos, que subiéndose á lo alto de un monte se precipitaron todos al mar, ahogándose todos sin que

[1] Div. Thom. hic.

[2] Div. Hieron. Can. 8 in Math.

[3] Div. Hieronim. in cap. 8 Math.

[4] Div. Crisostom. Hom. 29 in Math.

dar salvo ni siquiera uno. Los pastores encargados de la guardia de aquel ganado huyeron con presteza á los pueblos y aldeas circunvecinas, publicando la novedad de un suceso tan asombroso. Ellos no sabian sino la certeza del suceso, porque no profundizaban el misterio; pero como lo sabian así lo contaban: solamente decian que todos aquellos animales unidos se habian ido á ahogar en el lago, y que los dos endemoniados tan famosos en aquel país habian quedado enteramente quietos y tranquilos. Los habitantes de las aldeas, y en particular les de Gadara, todos salieron corriendo hacia el punto donde decian habia tenido lugar el suceso; y fué tan grande la afluencia de gentes, que puede decirse que habia salido toda la ciudad para enterarse del hecho y notar bien sus circunstancias. Una de las que mas sobresalen, y en este hecho tal vez menos se notan, es el de haber pedido los demonios poder introducirse en los puercos, porque como no hay animal mas inmundo que el puero ni que mas se alegre y goce de revolcarse entre el cieno y la inmundicia, así no hay lugar donde quiera habitar mejor el demonio que en el corazon inmundo por la concupiscencia, embrutecido con el cieno de la lascivia; por lo que dice san Agustin [1]: Permitted el Señor que los demonios entrasen en los puercos para dar á entender que ellos tienen un dominio y asiento particular y propio en el corazon de todos los que viven como puercos.

Agitábanse, corrían y se conmovían las turbas, y Jesús conversaba tranquilo con aquellos dos israelitas que habia sanado en el cuerpo y en el alma. Bien dispuestos ya con un beneficio tan poco esperado de ellos, los instruía con paciencia y dulzura: mandólos vestir con decencia y los tenia sentados junto á su persona en compañía de sus discipulos; y como no les habia quedado el menor efecto de sus manías antiguas, hablaba con ellos con la mayor familiaridad. Este espectáculo tan sorprendente sirvió de poco para la salud y provecho de los gerasenos. En vano se les refirió toda la serie del suceso, cómo aquellos miserables habian quedado libres con sola la palabra de Jesucristo, y cómo precisados los demonios á salir de los cuerpos de los hombres, habian pedido permiso para apo-

[1] Div. August. tractat. 6 in Ep. Joan.

derarse de los cerdos. El espíritu de la avaricia causó á los unos mas sentimiento y pena que veneracion y respeto el milagre, y en otros paró la ligereza en una admiracion estéril y sin fruto; así fué como manifestaron no estar bien dispuestos para recibir á Jesús en su pueblo, porque aunque le tenían alguna especie de respeto, hasta creer que no le merecian por huésped, este sentimiento estaba mezclado con un temor bajo y servil, que efectivamente les hacia indignos de tan grande dicha. Ellos poseian el mas grande é inestimable de todos los tesoros, pues tenían en su casa al Hijo de Dios, al Mesías prometido, al Salvador de los hombres y al Maestro de la doctrina celestial. El Señor se daba á conocer con señales bastante sensibles para que se empeñasen en detenerlo. No ignoraban cuánta era la reputacion y crédito de Jesús, no solamente en Galilea, sino es tambien en la Siria y en Decápolis. Con todo, en vez de desear los gerasenos la permanencia de Jesús en su tierra, llegaron á temerla, é imaginaron que si se detenía algun tiempo mas en sus vecindades, llegaria á acabar con todos sus ganados.

No hay duda que en esta ocasion quisieron los gerasenos parecerse á los puercos. A ellos se parecen los hombres cuando comen con avidez impelidos por la gula; cuando obesos y gordos no piensan sino en saciar los apetitos de la carne por la lujuria; cuando se revuelcan en el estiércol fastidiados por la pereza; cuando para esconder sus tesoros cavan afanosos en la tierra dominados por la avaricia, ó cuando espuman frenéticos como el mar, inflamados por la ira; porque manifestaron estar dominados de todos estos vicios [1], y así no llegaron á sospechar que aquellos sus animales inmundos, que habia permitido precipitasen los demonios en el mar, hubiesen perecido en castigo del menosprecio con que miraban la ley santa de su Dios; pero eran culpables mas de lo que pensaban por tener en sus tierras aquella especie de animales; pues no queriendo Dios que los comiesen, no podian mantener tan grande número sin exponerse manifestamente á la tentacion, y por consiguiente al peligro de contravenir á la ley; ó era por lo menos una mala condescendencia que usaban con los gentiles que habitaban la Judea manteniendo con esta na-

[1] Div. Crisostom. Hom. 29 in Math.

cion infiel un vergonzoso comercio; por lo que miraban el castigo que acababan de sufrir como una venganza injusta que temian se repitiera. Este temor era causa de que quisiesen mejor privarse de la dulzura y frutos de su conversacion, que volver acaso á experimentar su cólera, y se juntaron para dirigirle una súplica, no solo descortés, sino injuriosa. Repasad, Señor, le dijeron, otra vez el mar, y retiraos de nuestras tierras; esta es la gracia que os pedimos al despedirnos de vos. ¡Desgraciados! dejaron la luz para sepultarse en las tinieblas; se privaron de la verdad que debía alimentar sus almas, y despreciando al Autor de la vida eligieron la muerte y la condenacion eterna. Así se malogran y dejan pasar los momentos de salud y salvacion, cuando la gracia que nos llama y atrae no se acomoda á nuestros intereses. Así por complacer nuestras pasiones y vicios se desechan las visitas del cielo y se desprecian los favores con que nos busca el Salvador. El castigo mas terrible con que Dios castiga al pecador es abandonarle para siempre.

Apartóse Jesús en seguida de toda la muchedumbre y se halló solo con sus discípulos y con los dos pobres que habia libertado del demonio; mas uno de ellos al advertir que iba á subir á su barco corrió precipitadamente hácia él y le rogó humildemente que le admitiese en el número de sus discípulos, protextando con sinceridad que jamás se apartaria de su bienhechor; pero el Maestro divino que no queria que la semilla evangélica que habia derramado en aquel país se perdiese para siempre, sino que á su tiempo retoñase y fructificase, no condescendió con sus deseos, y quiso que por lo menos aquel cuyo mal habia sido mas violento y cuya curacion era por lo mismo mas desesperada, ya que era tan famoso por su pasada desgracia, llegase á serlo aun mas por anunciador de las maravillas de Dios en aquel país, y así le ordenó que fuese á su casa y dijese á todos los suyos las gracias singulares que habia recibido de la divina bondad. Que fué lo mismo que decirle: No te aflijas ni creas que te desprecio y abandono porque no admito tu ofrecimiento: de lejos, lo mismo que de cerca, te libtaré de los demonios; no me serás inútil. Yo quiero servirme de tí en todo tu país, donde serás conocido como objeto de mi benevolencia y amor: sea en tí un deber de gratitud referirá todos la grandeza del beneficio que de

Dios has recibido, y predica sus misericordias. Obedeció al momento y publicó no solo en Gadara sino en todo el territorio de Decápolis con universal admiracion de cuantos le oian, el milagro que en él se habia obrado.

No hay que admirarse de esto, porque la gratitud es capaz de formar y forma apóstoles en todos los estados y condiciones. ¡Cuántas serian las conquistas que haria para Dios esta virtud excelente si todos aquellos á quienes colma de sus gracias tuvieran un corazon reconocido! Habiendo encontrado Jesús en el país de Gerasa uno á quien encargar los intereses de la gloria de su Padre, subió á su nave y mandó tomar la vuelta hácia la costa de Cafarnaum. Esta navegacion fué tan quieta y tranquila, como tempestuoso habia sido el viaje anterior. El Salvador la aprovechó para instruir á sus discípulos sobre la grandeza de los misterios que encerraban los importantes sucesos de que acababan de ser testigos. El poder de Dios y de su Hijo precioso, el furor y la malicia de los demonios, y la extúpida ingratitud de los hombres, acababan de manifestarse muy sensiblemente para no ser durante el camino materia de conversacion igualmente agradable que provechosa. Procuremos pues nosotros el modo de libertarnos del poder del demonio si desgraciadamente no estuviésemos libres de él: y si por fortuna nuestra no gimiésemos bajo el dominio feroz del príncipe de las tinieblas, prediquemos y enseñemos á los otros el camino de la salud, alegrándonos de haberle encontrado por la misericordia y la gracia de nuestro Dios.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DEL LEPROSO Y EL SIERVO DEL CENTRION.

Señor mio Jesucristo, que herido con la flecha del amor del hombre bajaste desde el solio de tu Eterno Padre al útero virginal de Maria para sanar la lepra del linaje humano: mira cómo yo, leproso y cubierto con las manchas de diferentes pecados, te adoro rendido para que tengas á bien limpiarme, pues puedes si quieres Extiende hácia mí tu piadosa mano; toca, Señor, mi interior, y la

carne de este leproso que te llama: ten misericordia de mí, pecador arrepentido, y manda á la enfermedad de mi pecado que me deje Dios mio y misericordia mia; pues no soy digno de que entres en el fondo de mi corazon cubierto con la parálisis contagiosa de la sensuividad que me tiene tendido y postrado: atórméntame, Señor, y me mortifican y molestan terriblemente los deseos libidinosos: ven á mí mediante la infusion de tus carismas, dones y gracias: habla una sola palabra puesto que eres la palabra de la salud y la vida, y quedará perfectamente sano. Concede, misericordioso Dios, esta dicha á este miserable constituido bajo tu autoridad y poder, para que adquiera yo la potestad de repeler los pensamientos, deseos y movimientos malos y perseverar en los buenos, y con el cuerpo y el espíritu eternamente te sirva, y con los espíritus bienaventurados te alabe. Amen.

ORACION.

SOBRE LA RESURRECCION DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

Clementísimo Señor y Dios mio Jesucristo: ven á la mística ciudad de Naim que es mi pobre alma combatida por las entumecidas olas de muchas pasiones y tentaciones: acércate á sus puertas alzando por sus corporales sentidos, para que en ella no se ponga por obra cosa que te desagrade; acércate á ella mediante tu gracia, pon tu mano sobre mi corazon por el castigo de mis culpas, y afligido y mortificado en esta vida cesen todas las ocasiones de pecar; dile á mi alma muerta por el pecado que comience á hablar por la confesion y que se levante por las buenas obras; restituyela, Señor, y lláta á su madre, que es á tu santa gracia, á fin de que perseverando en el bien comenzado goce un dia y por siempre de tu santa gloria. Amen.

ORACION.

SOBRE LA PACIFICACION DEL MAR ALBOROTADO.

Omnipotente y soberano Señor y Dios mio Jesucristo: ten la bondad de mandar á los vientos y á las tempestades de los movimientos engañosos de las tentaciones que turban sobremanera mi alma que estén quietas y se amansen. Ven, Señor, y anda sobre las olas de mi corazon, para que todas mis cosas sean serenas y pacificas. Descanse y huelgue en tí, Dios mio, mi corazon; ya ves que es un mar grande, hinchado y soberbio; aplácale y haz que duerma, para que dormido no cuide de cosa alguna de cuantas hay bajo del cielo; solo en tí vele, porque solo á tí, único bien mio, posea y abraze; solo á tí, lumbré de mis ojos, contemple; y todo lleno de espiritual alegría pueda cantar y decir: Yo duermo y mi corazon vela; y con el profeta pueda repetir: En paz y en el mismo Dios y Señor dormiré y descansaré. Amen.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DE LOS DOS ENDEMONIADOS.

Señor mio Jesucristo, amador benignísimo de los hombres: acogido en un mar de lágrimas suplico á tu bondad se digne librarme de todas las manchas y ligaduras de mis pecados y de todas las sugerencias del demonio, y libre una vez de ellas consérvame así por tu misericordia hasta el fin de mi vida, para que para mayor gloria tuya y utilidad de mis prójimos pueda contar con mis palabras y demostrar con mis obras cuantas finezas dispensaste á mi alma libertada por tu gracia, á fin de que conociendo todos que la mudanza prodigiosa de mi vida es obra de tu diestra Om-

impotente, estimulados con mi ejemplo corran hácia tí, y ayudados de tu gracia se conviertan también á una mejor y santa vida. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en todo el VIII de san Mateo. En el I de san Marcos, versículos desde el 23 al 28 y desde el 40 al 45, todos inclusive. En el IV del mismo, desde el 35 al 40. En el V de idem, desde el 1.º hasta el 20. En el V de san Lucas, desde el 12 al 15. En el VII del mismo, desde el 1.º hasta el 17. En el VIII de idem, desde el 22 al 39. Y en el IX de idem, desde el 57 hasta el 62, todos inclusive.

La Iglesia usa parte de estos Evangelios en los días siguientes: Del capítulo VIII de san Mateo, desde el versículo 1.º al 13, en la misa de la Dominica tercera después de la Epifanía. En la de la feria V después del día de Ceniza. Y en la misa votiva *pro Infirmis*, desde el 5 al 13.

Del mismo capítulo de san Mateo, desde el versículo 23 al 27, en la Dominica cuarta después de la Epifanía.

Del capítulo VII de san Lucas, desde el versículo 11 al 16, en la misa de la feria V después de la Dominica cuarta de Cuaresma. En la Dominica décimaquinta después de Pentecostés. En el día de santa Mónica á 4 de Mayo. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA III DESPUES DE
LA EPIFANÍA.

San Mateo, cap. VIII, vs. 1 al 13.

En aquel tiempo, habiendo bajado Jesús del monte, le fué siguiendo una muchedumbre de gentes, y llegándose á él un leproso le adoraba diciendo: Señor, si quieres puedes limpiarme. Y extendiendo Jesús la mano, le tocó diciendo: Quiero, queda limpio. Y en el instante quedó limpio de su lepra. Dijo entonces Jesús: Mira que á nadie lo digas; pero ve á presentarte al sacerdote y ofrece el don

que mandó Moisés para que les sirva esto de testimonio. Y habiendo entrado en Cafarnaum se llegó á él un centurion y le rogaba diciendo: Señor, un criado mio yace en mi casa paralítico y padece muchísimo. Dijo Jesús: Yo iré y le curaré. Y le respondió el centurion: Señor, no soy digno de que entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra y sanará mi criado. Pues aun yo, que no soy mas que un hombre sujeto á otros, tengo soldados á mis órdenes y digo al uno anda y se marcha, y al otro ven y viene, y á mi criado haz esto y lo hace. Oyendo esto Jesús se admiró y dijo á los que le seguian: En verdad os digo, que no he hallado una tan grande fe en Israel. Digoos que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán á la mesa con Abraham é Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del Reino serán echados á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Y dijo Jesús al centurion: Vete, y como has creído, así te suceda: Y quedó sano el criado en aquella hora.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA IV DESPUES DE
LA EPIFANÍA.

San Lucas, cap. VIII, vs. 23 al 27.

En aquel tiempo, entrando Jesús en un barquichuelo, siguiéronle sus discípulos, y de improviso se levantó en el mar tan desecha borrasca, que las olas pasaban por encima del barco, pero él dormía. Llegáronse á él sus discípulos y lo despertaron diciéndole: Señor, sálvanos, que perecemos. Dijoles Jesús: ¿De qué temeis, hombres de poca fe? Levantándose entonces, mandó á los vientos y al mar y sobrevino gran bonanza. De lo cual asombrados todos los que allí estaban se decian: ¿Quién es este á quien los vientos y el mar obedecen?

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XV DESPUES DE

PENTECOSTES.

San Lucas, cap. VII, vs. 11 al 16.

En aquel tiempo iba Jesús á una ciudad que se llamaba Naim, y con él iban sus discípulos y gran multitud de gente, y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban á enterar un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda, y la acompañaban muchas personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido de compasión la dijo, no llores. Y se llegó, y tocó el féretro (y los que lo llevaban se pararon); y dijo: Mancebo, á ti digo, levántate: y se sentó el que estaba muerto y comenzó á hablar. Y le dió á su madre. Con esto quedaron todos atemorizados, y engrandecían á Dios diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

CAPITULO XI.

DE CÓMO SANÓ JESUS A UN PARALÍTICO QUE PUSIERON A SU PRESENCIA BAJANDOLO DESDE EL TECHO.

Habiendo dejado Jesús un predicador tan excelente de sus grandes misericordias, como era el demoniaco sanado en la tierra de Gerasa, entró en su navicilla y marchó otra vez á Galilea, donde le esperaban con grande impaciencia, aun cuando apenas hacía dos días que de allí faltaba. A su llegada encontró un pueblo casi inmenso acampado en la ribera, que lo recibió con grandes aclamaciones y le acompañó hasta la casa de la suegra de Pedro, donde tenía la costumbre de hospedarse. Parecía lo mas natural que después del viaje le permitiesen las turbas algun descanso; pero como lo hallaban siempre tan dispuesto á recibirlos, instruirlos, consolarlos y curarlos, puede creerse que ó no temian fatigarlo ó le creían infatigable. Había pasado el lago con la nave el que podía haberlo pasado á pié enjuto [1], porque no siempre queria obrar milagros para no perjudicar al misterio de la Encarnacion: al contrario de los hombres de este mundo, que tan luego como tienen algun poder prefieren usar de él aun cuando sea contra la verdad de la justicia: y quiso usar de la nave para enseñarnos que para atravesar nosotros el

[1] Div. Crisostom. Hom. 30 in Math.